



# CORRESPONDENCIA

Baguio, Dec. 15, 1931

Queridos Lectores;

Si en estos tiempos estuviesen en Bélgica aun chiquitines sentados en los bancos de la primaria, bajo el maternal cuidado de una piadosa Religiosa, algo avanzada ya en años y perfección, estarían escribiendo en estos días unas cartas importantísimas sobre papel de color, con imagen del Santo Niño adornado de flores, y ¿A quienes? Eso depende... Claro está, una de estas epístolas sería para sus padres pero habría otra para su padrino, otra para su madrina, y si tuviesen la dicha de tener tios ricos y especialmente tias generosas, entonces, sí, para ellos también estarían escribiendo cartas adornadas y elocuentísimas... Pero ¿Para qué? Pues para manifestar a todas estas personas el más sincero deseo y anhelo por su felicidad y prosperidad durante el año nuevo próximo, y... pero lo que sigue es algo accidental, aunque para muchos niños constituya lo principal de sus motivos—para recibir de las personas así honradas cierta gratificación, un aguinaldo de año nuevo. Nunca me olvidaré cómo en casi medio siglo pasado, cuando aun estaba aprendiendo a leer, la bendita Madre maestra de la escuela nos hizo copiar la carta que ella en letras perfectas había escrito sobre la pizarra,

expresando en términos que ni comprendíamos, y en palabras escogidas todo nuestro amor sin límites y nuestras resoluciones inquebrantables de obediencia y respeto para con las personas a quienes iba dirigida la epístola.

Y cuando después de una ó dos semanas ya nos habíamos perfeccionado en formar las letras, especialmente las majúsculas, según el arte caligrafica de los amanuenses de los tiempos medievales, entonces vino el día en que, bajo un silencio de muerte y la vigilancia omnipresente de la Reverenda, copiamos la carta sobre el dichoso papel colorado y adornado, primeramente para nuestros padres y después para las demás personas dignas y merecedoras de nuestras delicadas atenciones. Natural: todos los niños, como si estuviesen igualmente animados de los mismos sentimientos de respeto y amor filial y de las mismas inclinaciones como de los mismos propositos de emendarse y hasta santificarse para agradecer a las personas favorecidas por aquel milagro moral, todos copiaban una y misma carta. Terminado aquel trabajo duro y largo, todos juntos leimos veinte y hasta cien veces en alta voz la célebre epístola, imitando al mismo tiempo las inclinaciones de cabeza y los movimientos solemnes del brazo libre según nos indicaba la ma-

estra que entonces ante nuestros ojos nos parecía un orador que solo el Cura Párroco desde el púlpito de la iglesia podía igualar. ¡Felices días de inocencia! Por fin, en la víspera del año nuevo, se nos permitía llevar las cartas misteriosas; misteriosas, dijo, porque se nos inculcaba bien que de ninguna manera nuestros padres podían ver, ni sospechar los escritos. A la mañana siguiente, muy de madrugada, con la famosa epístola en la mano, los niños espían los movimientos de sus padres y a la primera oportunidad, cuando Papa y Mama se encontraban juntos, copiando fielmente la mímica y el tono de la reverenda maestra, leían la carta afectuosa que a los padres causaba una admiración profunda y hasta a algunos hizo derramar lágrimas pasageras, pero conmovió a todos y a tal punto que después de la lectura ofrecieron al lector un aguinaldo en metálico de año nuevo. Con la misma seriedad se leían las cartas ante los padrinos y madrinas y tios y tias en la primera ocasión y también estas personas así escogidas contestaron a las cartas por medio de un aguinaldo bastante gordo, si no, el año siguiente, claro está, ya serían frustrados del insigne honor de recibir tantos deseos sinceros y promesas de oraciones en su favor. ¡Felices años de la niñez! Felices pequenuelos!

——

Bueno. Pero no creo equivocarme si comparo mis lectores a una especie de padrinos y madrinas de los pequenuelos de la Provincia Montañosa y por “pequenuelos” entiendo no solamente a los niños sino también a

aquellos todos de los cuales el Señor mismo dijo que son los “más mínimos de sus hermanos” los paganos. Pues en nombre de ellos todos escribo a los Lectores la carta de año nuevo que ellos no han podido redactar.

Queridos Lectores;

Rogamos a Dios les bendiga más que nunca tanto materialmente como espiritualmente y les conceda un año nuevo de prosperidad según el cuerpo y el alma. Sabemos que el Señor ha bendecido más a Vds que a nosotros, pobres Igorrotes y Le damos gracias por tantos privilegios y favores porque parte de esos han redundado sobre nosotros gracias a su caridad cristiana. Siempre demostraremos nuestra gratitud por nuestras oraciones y Comuniones que son los medios más a propósito para pagarles un tanto los beneficios que después de Dios debemos a Vds.

Sus agradecidos hermanos en Cto.

¿Que dicen de esta carta de año nuevo? ¿Acaso no sería bueno empezar el año nuevo con alguna obra de gratitud por los favores recibidos del cielo en los tiempos pasados y que garantiza otros nuevos en el porvenir? Que opinan? Inutil enseñarles la manera de hacerlo.

——

La Señorita B...de M...de por cierto lo sabe. Como no tenía los medios para mandarnos la cantidad que efectivamente nos ofreció para los pobres de la Montañosa, pues fué de casa en casa a mendigar un aguinaldo y pudo coleccionar la cantidad de ₱17.00, y más

aun: dice que durante el Adviento quiere repetir la experiencia. Animo, Señorita, la cantidad contribuida por cada uno de sus amigas es insignificante, pero el total equivale a la mitad de un salario mensual de un catequista. Dios bendiga su propósito.

—☪☪☪—

En una de las muchas cartas recibidas, he encontrado cierta expresión bastante fuerte para expresar la obligación del Católico del país para ayudar a sus hermanos Filipinos de las Misiones. Hé aquí lo que dice:

“Por varios meses he recibido sus continuas súplicas de renovar mi suscripción a “The Little Apostle,” pero, debido a ciertas dificultades pecuniarías, no he contestado, aunque mi conciencia me dictaba continuar sosteniendo la misión de la Santa Florecita. Que me perdone pues el atraso, mi pobreza me impidió contestar antes. Ahora le mando la cantidad de ₱2.00 de los cuales uno es para renovar mi suscripción y el otro en acción de gracias por insignes favores que he recibido por la intercesión de Santa Teresita.”

Gracias, Señora, y el segundo peso le da una absolución completa. V. ha dicho bien cuando escribió que “su conciencia la dictaba continuar sosteniendo la misión de la Santa Florecita.” Inútil investigar más cual es la obligación de conciencia de los cristianos en cuanto a las obras buenas a hacer en favor de los noncristianos.

—☪☪☪—

Una Señora de Bacolod nos pide publicar la relación siguiente de un favor atribuido a Santa Teresita: desde hace años padecía del estomago que la causaba nauseas y vómitos. En Junio 1930, la Señora empezó a invocar a Santa Teresita prometiéndola publicar su curación en “El Misionero.” Efectivamente desde aquel momento el mal iba disminuyendo cada día y gracias, así dice, a la Santa Florecita, se encuentra del todo curada.

La mayor parte de los Lectores son devotos de Santa Teresita. Cada mes leemos en “El Misionero” relaciones de maravillas operadas por la gran Santa de este siglo. Sin embargo al leer ejemplos de curaciones sucedidas en nuestras Filipinas, más aún sentimos aumentar nuestra confianza en Santa Teresita.

—☪☪☪—

Queridos Lectores, aquí van mis más sinceros deseos para su felicidad y prosperidad durante el año nuevo, como también los de mis compañeros los Misioneros de la Provincia Montañosa.

Para terminar les pido lean otra vez la carta de los Montañeses de arriba, como también la historia de la costumbre de los niños en Bélgica al acercarse el año nuevo cuando escriben sus cartas a sus padres, padrinos y madrinas y tios y tias...y después... bueno, después reciban Vds las más sinceras gracias de

EL MISIONERO

—☪☪☪—